

El Primero de Mayo y la solidaridad de clases **Karl Kautsky**

(Versión al castellano desde “[Le Premier-Mai et la Solidarité des classes](#)”, en [MIA – Section Française](#). Publicado en *Le Socialiste*, 2 de mayo de 1904)

El proletariado celebra más de una fiesta; pero en la celebración de todas se reúne con otras clases, incluso cuando se trata de las grandes fechas de la revolución. Incluso en la insurrección de la Comuna de París, no fue el único participante, importantes fracciones de la pequeña burguesía combatían junto a ella, y si cada vez participa de forma más preponderante en la conmemoración del 18 de marzo no lo hace, sin embargo, de forma exclusiva.

Para celebrar el Primero de Mayo, por el contrario, está solo. No es la fiesta de la revolución pasada, sino de la revolución venidera; es la fiesta de la emancipación de la clase obrera, de la abolición de toda dominación de clase, y el hecho que el proletario celebre él solo el Primero de Mayo es la expresión más evidente de esa convicción sobre que la emancipación de los trabajadores será la obra de los mismos trabajadores.

Es un punto este sobre el que es útil insistir, pero en ninguna parte lo es más que en Francia donde hay “socialistas” que tienen la desfachatez de hablarnos de la solidaridad de las clases.

Esta supuesta solidaridad es o bien un vulgar lugar común, traducción del hecho que las diversas clases son parte integrante de una sociedad y, en consecuencia, dependen unas de las otras, o bien es la resurrección de una idiotez ya hace mucho tiempo enterrada: la armonía de los intereses económicos a lo Bastiat.

¿Qué le puede dar una nueva vida a esta idiotez? Se asegura que será la república lo que haga de un error una verdad. Se dice que en la monarquía es cierto decir que los obreros carecen políticamente de derechos; no tienen ninguna participación ni en el estado ni en la sociedad, y, en consecuencia, están frente a los dos en una actitud hostil. Pero en la república democrática, en la república democrática es otra cosa, el proletariado, gracias a su papeleta de voto, está interesado en el estado y la sociedad; allí, en la república democrática, el proletariado pertenece a las clases dominantes y, por tanto, tiene intereses comunes con las otras clases, toma conciencia de su solidaridad con las otras clases.

Esta formulación suena muy bien; pero solo tiene un problema, y este es que en realidad lo que es cierto es lo contrario. En un régimen absoluto (sea monárquico o aristocrático) se está más cerca de cierta solidaridad de las clases que no en una república democrática. La monarquía se basa en que el poder de estado ha devenido exteriormente independiente de las clases económicamente dominantes. En una monarquía, el proletariado solo está gobernado por la burguesía indirectamente; directamente el proletariado se encuentra ante sí, como primer adversario político, el poder del estado monárquico. Lo mismo sirve para el caso de una aristocracia en decadencia como la de la Suiza del siglo XVIII. La conciencia de la lucha de clases del proletariado contra la burguesía se oscurece a causa de ello. Cuanto más real es la

monarquía, y no solamente en apariencia, más independiente es de las clases económicamente dominantes, más fácilmente entra en conflicto con ellas llegado el caso. Un conflicto de este género lleva fácilmente a una unión de las clases económicamente dominantes con el proletariado y a una cierta solidaridad de estas dos partes de la sociedad. La democracia burguesa nació, en los estados modernos, como parte compuesta de diversas clases, de semejantes luchas contra la monarquía.

La democracia como partido político formado por todas las clases supone en esos países la monarquía. Por el contrario, se hace ella misma imposible por su propia victoria: en un estado realmente democrático ya no hay lugar para la democracia burguesa como partido en el que entran todas las clases. Pues, en la república democrática, las clases están presentes sin intermediario; ya no hay poder del estado por encima de ellas, en la democracia la marcha hacia la conquista del poder político equivale a la marcha hacia la ruina de las clases adversas.

Por tanto, en la república democrática es donde la oposición entre proletariado y burguesía es más neta. La prueba clara la tenemos en los Estados Unidos de América; pero también tenemos la prueba en la misma historia de Francia. En 1789, las mismas clases de Francia que se sentían solidarias frente a la realeza fueron las que, muy poco después, se combatían encarnizadamente en la república. A la solidaridad de las clases frente a la monarquía de julio le sucedió, en febrero de 1848, la masacre de junio de la república; a la solidaridad de las clases frente a Napoleón III le sucedió en la república la semana sangrienta de mayo de 1871. Y ¿han marchado mejor las cosas desde entonces? Dejemos a un lado a los dos estados bárbaros de Europa oriental, cuyos tiranos son en realidad verdugos que solo se mantienen en el poder gracias a la masacre sistemática de sus súbditos; limitémonos a la Europa civilizada, donde las luchas de las clases se realizan a través de medios más civilizados. No podemos decir que en la docena de años transcurridos desde los tiroteos de Fourmies se haya derramado en ningún país más sangre obrera que en la república francesa.

Si en estos últimos años se ha podido producir en Francia la apariencia de una solidaridad entre el proletariado y la burguesía ello no se debe a que sea una república democrática, sino a que *no es suficientemente* una república democrática. Engels llamaba a la Tercera República el “Imperio sin emperador”; el poder político disponía en ella todavía de los mismos instrumentos de dominio que los del Imperio, los mismos Gallifet, los mismos soplones. Únicamente han cambiado los Emile-Ollivier. El ejército permanente, igual que bajo el Imperio, es el fundamento de todo el edificio del estado, y el estado mayor ha devenido tan poderoso que se atreve a atacar incluso a un miembro de las clases económicamente dominantes, a un judío rico. Esto es lo que ha hecho que la lucha contra el militarismo, normalmente llevada adelante por el proletariado en soledad, haya sido abordada también por una fracción de la burguesía. De ahí la apariencia de solidaridad entre las dos clases. Pero esa apariencia no la ha creado la libertad democrática en Francia, sino la falta de esa libertad, la dependencia en que se encuentra Francia frente a la soldadesca.

Nada más contrario al buen sentido que imaginarse que la libertad democrática sea el medio para acercar las clases unas a otras y despertar el sentimiento de solidaridad entre ellas.

Lo que es cierto es lo contrario, justamente sobre esto es sobre lo que reposa la importancia para nosotros de la república democrática. No es solamente la forma política de la que únicamente puede surgir la república social; es, además, el campo de batalla sobre el que puede llevarse adelante y acabar de la forma más decisiva la lucha entre el proletariado y la burguesía. No es la forma política bajo la que el proletariado y la burguesía unen lo más rápido posible su acción, sino aquella bajo la cual esas clases

se encuentra en presencia en la más aguda hostilidad, porque en ella más que en ninguna otra forma es donde la lucha entre las dos clases es una lucha a vida o muerte.

La gran república de más allá del Océano, que es más república democrática que cualquier otra, puede que sea la primera en ser llamada a recordarlo. ¡Puede que también la república francesa sea muy pronto la primera en ofrecernos también la prueba!



germinal_1917@yahoo.es